

Juan Eslava Galán

HISTORIA DE
ROMA



CONTADA
PARA ESCÉPTICOS

Juan Eslava Galán
Historia de Roma contada
para escépticos



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Juan Eslava Galán, 2024

Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

NOTA: el editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado. Cualquier error u omisión accidental se corregirá en posteriores ediciones.

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones de interior: © ACI, © UtCon Collection / Alamy Stock Photo, © Bakusova / Shutterstock, © Album / Prisma, © Vito Arcomano / Alamy Stock Photo, © Album / akg-images, © Album / Fine Art Images, © Peter Horree / Alamy Stock Photo, © Album / Granger, NYC, © Album / The Print Collector / Heritage Images, © Album / DEA / L. PEDICINI, © 3DMI / Shutterstock, © WHpics / Alamy Stock Photo, © Josep Curto / Shutterstock, © WH_Pics / Shutterstock, © Mikko-Pekka Salo / Shutterstock, © bescec / Shutterstock, © Ruth Swan / Alamy Stock Photo, © Album / Collection KHARBINE-TAPABOR, © Album / DEA / L. PEDICINI, © Artepics / Alamy Stock Photo, © IanDagnall Computing / Alamy Stock Photo, © Album / DEA / S. VANNINI, © Album / DEA PICTURE LIBRARY, © Erich Lessing / Album, © Album / Bridgeman Images, © Album / Metropolitan Museum of Art, NY, © Matt Ragen / Shutterstock, © Shim Harno / Alamy Stock Photo, © Album / Eric Vandeville / akg-images, © Album, © Album / akg-images / Jean-Claude Varga, © Album / Universal Images Group / Godong \ UIG, © Alexei Fateev / Alamy Stock Photo, © Stoniko / Shutterstock, © The Protected Art Archive / Alamy Stock Photo, © Album / Universal Images Group / Pictures From History, © North Wind Picture Archives / Alamy Stock Photo, © Historic Images / Alamy Stock Photo, © Danny Lehman / Getty Images, © Peter Horree / Alamy Stock Photo, © Stock Photos 2000 / Shutterstock, © Album / SHEILA TERRY/SCIENCE PHOTO LIBRARY, © Album / De Agostini Picture Library, © Album / Oronoz, © INTERFOTO / Alamy Stock Photo, © Album / ImageBroker / Martin Siepmann, © Javier Jaime / Shutterstock, © canbedone / Alamy Stock Photo, © Teo Moreno Moreno / Alamy Stock Photo, © Album / quintlox, © Album / Sites and Photos, © Lev Levin / Shutterstock, © leszczem / Shutterstock, © Album / akg-images / Peter Connolly, © Album / Tolo Balaguer, © Album / quintlox, © Karl Allen Lugmayer / Alamy Stock Photo, © Album / DEA / A. DAGLI ORTI, © Album / Bridgeman Images, © Album / NYPL / Science Source, © Album / akg-images / Gilles Mermet, © Album / akg-images / François Guénet, © Album / Mondadori Portfolio / Electa / Museo Archeologico Nazionale di Napoli, © Peter van Evert / Alamy Stock Photo, © Album / MARK WILLIAMSON / SCIENCE PHOTO LIBRARY, © Arkady Mazar / Shutterstock, © Album / akg-images / Peter Connolly, © Eddie Gerald / Alamy Stock Photo, © Album / akg-images / Gilles Mermet, © 19th era / Alamy Stock Photo, © Album / Donato Milione, © Album / Pepe Lucas, © Rocio Espín Piñar, © Armadura legionaria hallada en Kalkriese (Museum und Park Kalkriese) © Sergio Geijo, © Ana Miralles, © Juan Carlos Mata Carmona, © I. Castro y Archivo del autor. Colección particular.

Mapas: © Alvar Salom

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © angellodeco / Shutterstock

Primera edición en esta presentación: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.880-2025

ISBN: 978-84-08-30925-3

Impreso en España

Índice

LIBRO I

Una aventura de mil años

1. Melancólicas ruinas	15
2. La formación de un Imperio	19
3. La aldeíta que ocupó el mundo	23
4. La primera derrota	30
5. Una República de patricios...	34
6. ... basada en la esclavitud	42
7. <i>Imperium y auctoritas</i>	48
8. La inclemente sombra de Cartago	54
9. La rebelión de los mercenarios	58
10. La crucifixión	61
11. La reina pirata	63
12. La segunda guerra púnica	65
13. El descalabro de Cannas	72
14. La <i>annona</i>	83
15. La revolución de los Gracos	86
16. La revolución de Mario	92
17. Un ejército invencible	102
18. <i>Corruptio optimi pessima</i>	113
19. Gula imperial	119
20. De lujuria	124
21. La rebelión de Espartaco	136
22. Pompeyo el Grande y César	139

23. La guerra de las Galias	143
24. Cleopatra sale de la alfombra	154
25. César, reformador	161
26. El asesinato de César	165
27. El segundo triunvirato	169
28. Cicerón, un intelectual en la política	172
29. El hombre que pudo reinar	175
30. Augusto en su paz	180
31. «Varo, ¿dónde están mis legiones?»	185
32. Tiberio, en su roca	192
33. Calígula	200
34. Nerón, artista y poeta	211
35. Flavios, Antoninos y generalísimos	218
36. Limes o fronteras	225
37. La cristianización de la Bética	231
38. La decadencia del Imperio romano	235
39. Paseando por Dura Europos	239
40. Un travesti en el trono de Augusto	242
41. El Concilio de Nicea	247
42. Liquidación por derribo	252
43. Atila y su caballo herbicida	263
44. Mustio collado	268

LIBRO II

La ciudad y sus gentes

45. Un romano va a nacer	273
46. <i>Matrimonium</i> y <i>divortium</i>	279
47. A Roma con Tito Flavio Corculo	285
48. Dioses de toma y daca	290
49. El monte de los tiestos	298
50. Como en casa	303
51. Las supersticiones	310
52. La puñetera toga	315

53. Viajeros por el Imperio	323
54. Paseando por Roma	325
55. Dientes postizos y médicos	336
56. La carrera de Ben-Hur	339
57. Un banquete romano	346
58. El mercado de esclavos (y esclavas)	359
59. Juegos en el Coliseo	361
60. Sangre en la arena	369
61. La noche romana	381
62. En el club de lectura	385
63. El vientre de Roma	391
64. En las termas	402
65. Jabón, <i>quid est?</i>	407
66. Y mortaja	411
67. El legado de Roma	416
68. Recapitulemos	420
<i>Cronología de Roma</i>	423
<i>Lista de los emperadores romanos</i>	429
<i>Bibliografía</i>	433
<i>Índice onomástico</i>	441

Melancólicas ruinas

Me he alojado, como otras veces, en Ferme Walila, el hostel más cercano a las ruinas de Volúbilis, un oasis marroquí rodeado de jardines con palmeras.

No es un establecimiento de lujo, pero puedes esperar sábanas limpias, cerveza fresca y un correcto tajín de ternera con ciruelas y almendras.

Mediado junio, en Marruecos hace un calor espantoso, pero yo he madrugado para adelantarme a la avalancha de turistas.

Camino solitario. Entre las sombras de las adelfas un zorrillo me ve pasar. Quizá sea un perro o un coyote. Yo qué sé. O la loba de Roma.

En las ruinas del foro de la antigua ciudad, todavía de noche, clareando en el horizonte las primeras luces del alba, incurro en la sensiblería de recitar con voz intensa los versos de Rodrigo Caro:

Estos, Fabio, ¡ay, dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.

Recorro a mi sabor las nobles piedras, el foro, la basílica, los mercados. Me siento en un capitel abatido junto al arco de triunfo de Caracalla, un lionés rubiasco que gobernó el Imperio romano asociado a su hermano Geta, al que hizo ejecutar por contradicciones familiares que no vienen al caso.

Uno no sabe cuándo le va a sobrevenir la muerte. En el camino de Carras, en la actual Turquía, cuando se dirigía al frente de sus legiones contra los partos, Caracalla descabalgó para orinar, momento que aprovechó el legionario Julio Marcial para asestarle una puñalada «mortal de necesidad», declaró el galeno que acudió al estropicio.

El pobre emperador ni siquiera pudo terminar la micción con las tres sacudidas de reglamento.

¿Por qué lo asesinó Julio Marcial? La escolta apioló al asesino allí mismo sin pararse a considerar que convenía interrogarlo primero. No hubo ocasión de preguntarle la razón del magnicidio. Un caso parecido al de Lee Harvey Oswald, el supuesto asesino de Kennedy.

—Yo creo que andaba molesto porque no lo habían ascendido a centurión —dijo uno.

—Más bien porque no hace mucho ejecutaron a su hermano por mandato imperial —opinó otro.

Dejémoslos con sus discusiones y regresemos a la duda que desde hace días nos reconcome.

¿Por qué invirtieron los ciudadanos de Volúbilis buena parte del erario municipal en construir este arco, meramente decorativo, en honor de Caracalla, tan lejos de Roma?

Solo cabe una respuesta. Porque Caracalla había concedido la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio.

Las decisiones que se tomaban a la orilla del Tíber afectaban a pueblos tan distintos y tan distantes.

Lo que más impresiona de Roma es que un villorrio levantara un Imperio casi por casualidad, sin apenas proponérselo.

Durante siglos, la brava Roma hizo la guerra a todos los pueblos y países de su entorno. En el siglo —III había sojuzgado a la península itálica. A unos pueblos los sometía por las armas; a otros mediante tratados de amistad en los que Roma imponía su criterio. Luego amplió sus intereses a los territorios de ultramar y ocupó todo el mundo conocido desde el Sáhara al Rin y desde las islas británicas al Éufrates.

Aquel Imperio regido por una aristocracia inmovilista basado en la fuerza, en la desigualdad social y en el trabajo esclavo se desplomó cuando ciertas teorías filosóficas o religiosas más compasivas (estoicismo, cristianismo...) le infundieron una nueva sensibilidad, la tolerancia, el buenismo *avant la lettre*.

—Concedamos la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio —decidió Caracalla.

¡Hala! ¡Papeles para todos! De la noche a la mañana más de treinta millones de súbditos del Imperio se convirtieron en romanos de pleno derecho, una de las causas de la decadencia de Roma, según algunos autores. La ciudadanía romana, al principio un privilegio jurídico, acabó transformándose en una carga.

¿Una carga?

Automáticamente contraían la obligación de pagar el impuesto romano de herencia.¹

Los romanos eran, y en realidad nunca dejaron de serlo, campesinos y soldados vinculados a la tierra y dotados de un envidiable sentido común, pragmáticos, tenaces y realistas, más inclinados a las ciencias positivas, a la organización, explotación y administración de sus conquistas que a las especulativas, la filosofía y el arte. Estas prefirieron copiarlas de los griegos.

El romano se caracterizaba por sus virtudes ciudadanas: la fidelidad a su ciudad o a su clan (*fides*), la devoción a los dioses (*pietas*), el valor (*virtus*), la independencia (*libertas*) y, sobre todo, por un concepto absolutamente moderno: la subordinación del individuo a la ley (*lex*), fundamento del derecho romano que es todavía su más valiosa aportación a la cultura occidental.

Junto a estas virtudes ciudadanas, el romano de noble cepa se esforzaba por inculcar a sus hijos estimables virtudes priva-

1. Beard, 2016, p. 563.

das: integridad (*probitas*), juicio ponderado (*consilium*), circunspección (*diligentia*), autodomínio (*temperantia*), tenacidad (*constantia*) y rigor (*severitas*). A los jóvenes se los educaba en la obediencia (*obsequium*), el respeto (*verecundia*) y la pureza (*pudicitia*).²

La expresión *romanum non est* estaba continuamente en la boca del padre noble que educaba a su hijo en las pautas de comportamiento de su clase. Este severo ideal se relajó cuando el romano se abandonó a la molicie y comulgó con las nuevas ideas morales de origen oriental difundidas a partir del siglo -1.

2. En cuanto a las esposas, las virtudes estimadas eran fidelidad sexual (*castitas*), decencia o pureza (*pudicitia*), amor por el marido (*caritas*), buen carácter (*concordia*), devoción por la familia (*pietas*), fecundidad (*fecunditas*), belleza (*pulchritude*), alegría (*hilaritas*) y felicidad (*laetitia*).

La formación de un Imperio

Roma progresó lenta e implacablemente. Al principio parecía una más de las muchas ciudades sometidas al poder de los etruscos, *gens antiquissima Italiae*, como dice Plinio,³ pero el recio carácter de sus habitantes destacaba entre las demás.

Dos siglos después de fundarse, se había adueñado de la región; pasados otros doscientos años, se había impuesto en toda la bota itálica. Luego derrotó a la poderosa Cartago y se apropió de su imperio comercial y finalmente dominó las tierras ribereñas del Mediterráneo (el Mare Nostrum, ‘Nuestro Mar’) para extenderse por la Europa atlántica, el norte de África y Oriente Medio hasta los confines de Persia.

Los romanos estaban convencidos de que su ciudad gozaba de la protección de Marte, el dios de la guerra y de la conquista, y de Venus, la diosa de la felicidad, de la fecundidad y de la vida.

¿De dónde procedían esas creencias?

Cualquier escolar romano sabe que cuando los griegos destruyeron la ciudad de Troya (siglo –XI), uno de los troyanos fugitivos, el príncipe Eneas, escapó de la matanza, llevando a su anciano padre Anquises a la espalda.

Anquises es uno de los hombres más afortunados de los que existe memoria. Cuando era joven, la diosa del amor, Venus, lo encontró en el monte pastoreando ganado y se prendó de él.

3. Plinio el Viejo, *Historia natural*, libro III, 112.

Como es sabido, a los dioses les está prohibido aparearse con mortales, pero, incapaz de resistirse, Venus se le apareció desnuda y le dijo «sírvese usted mismo». Anquises elevó los ojos al cielo, agradeció a los dioses que le brindaran aquellas suculencias e introdujo sus carnes mortales en las de la beldad.

Fruto de la amorosa refriega nació el héroe Eneas.

Fugitivo de Troya con el venerable Anquises a cuestas, Eneas arribó primero a Cartago, pero la ciudad no terminó de convencerlo. Se hizo de nuevo a la mar, dejando atrás a una reina Dido que, desechada de amor no correspondido, se suicidó clavándose una daga e incinerándose en una pira.

Algún lector habrá deducido una justificación de la mortal enemistad de cartagineses y romanos.

Eneas arribó finalmente a la península itálica, en la desembocadura del Tíber, se casó con la princesa Lavinia, hija del rey Latino, y tuvo un hijo, Ascanio, que andando el tiempo fundaría la ciudad de Alba Longa. Siglos pasaron y uno de los descendientes de Ascanio, el rey Numitor, fue destronado y expulsado de Alba Longa por su taimado hermano Amulio. El usurpador obligó a su sobrina, Rea Silvia, a consagrarse a la diosa Vesta, lo que es tanto como decir que la metió en un convento de clausura para que no pudiera tener hijos que propagaran la simiente del destronado Numitor.

Pero Marte, el dios de la guerra, se prendó de la bella muchacha y después de contemplarla dormida sobre la hierba a la vera de un rumoroso arroyo la dejó preñada con tal delicadeza que ella ni siquiera se enteró del lance.

Otra versión, más realista, asegura que fue el propio fuego vestal, sagrado, que la muchacha cuidaba en el templo de las vírgenes, el que se transformó en falo y la penetró. Ahorrémonos el chiste: preñeces más raras se han visto en otras religiones, como no ignoran los devotos de la Anunciación.

A los nueve meses del amoroso encuentro Rea Silvia dio a luz dos robustos gemelos, Rómulo y Remo. Lo supo el malvado Amulio y ordenó que los arrojaran al Tíber, pero la criada encargada de cumplirlo se apiadó de los bebés y los depositó en una

cestilla de mimbre que, discurriendo río abajo, fue a encallar entre las raíces de una providencial higuera que crecía a orillas del lago Velabrum, al pie mismo del monte Palatino.⁴

Una loba, Luperca, a la que los cazadores habían matado su reciente camada, percibió el llanto de los hambrientos pequeñuelos y, colocándose encima de ellos, permitió que mamasen de sus hinchadas ubres. Luego, con maternal instinto, los crio y ellos crecieron robustos y lobunos hasta que se hicieron hombres.

Otra versión, menos poética: de loba nada; en realidad la palabra *loba* en el latín de entonces significaba *puta*. Fue una puta la que los alimentó y a lo mejor por ese defecto de origen los romanos hicieron tantas putadas a los pueblos que tuvieron trato con ellos (aunque también los desasnaron, o sea, romanizaron, vaya lo uno por lo otro).⁵

Pasaron los años. Con las vueltas de la vida, Rómulo y Remo conocieron la historia de su origen, fueron a Alba Longa, mataron al usurpador Amulio y restituyeron en el trono a su anciano abuelo Numitor. Cumplida esta justicia, regresaron a los parajes donde los había criado la loba dispuestos a fundar una ciudad. Rómulo quería que se llamara Roma y escogió el monte Palatino; Remo prefería que se llamara Remoria y estuviera en el Aventino.

—Dejemos que decidan los dioses —acordaron.

Cada uno pasó el día en su colina favorita contando los cuervos que surcaban el cielo. Al caer la tarde volvieron a juntarse en el llano.

—He contado seis —dijo Remo.

—Yo doce, el doble —dijo Rómulo—. Te gano.

Siguiendo la ceremonia etrusca, Rómulo unció al arado dos bueyes blancos y trazó un surco profundo, el *pomerium*, para

4. Esta higuera, conocida como *Ficus Ruminalis*, era objeto de veneración en la Roma antigua.

5. Ya lo reconoce Salustio: «Desde sus inicios los romanos no han poseído nada, sino lo que robaban: hogar, esposas, tierras, Imperio» (Salustio, *Historias*, libro IV, 69, § 17).

marcar los límites de la nueva ciudad.⁶ Cuando quería dejar espacio para una puerta levantaba el arado durante unos metros.

—El surco representa los límites de la ciudad y es sagrado —avisó—. El que quiera entrar, que lo haga por una puerta o incurrirá en sacrilegio.

Pero Remo se burló de la sagrada ceremonia y saltó el surco. Aquella broma le costó la vida, porque el severo fundador le hundió el cráneo con su azada. Sobre tan terrible sacrificio propiciatorio, vertida la sangre de Venus y Marte, amor y guerra, Roma quedó consagrada.

Rómulo sepultó el cadáver de su hermano en la colina donde este quería fundar su Remoria.

Algunos historiadores ven en ese mito fundacional, el conflicto de los dos hermanos y el cruento sacrificio de Remo, cierta predisposición genética de Roma hacia la guerra civil.

Nace la nueva ciudad y el primer sacrificio propiciatorio que decide su futuro es un fratricidio: un hermano mata a otro. En mil años de historia, Roma no se desprenderá de esa inclinación al conflicto interno y a pesar de ello, para pasmo de la historia, conquistará y civilizará el mundo.

La fundación de Roma debió de ocurrir el 21 de abril de -753. Por eso los romanos calculaban el tiempo *ab urbe condita*, ‘desde la fundación de la ciudad’, del mismo modo que nosotros, los cristianos, lo calculamos desde el nacimiento de Cristo.

Quedaba la tarea más difícil: poblar la nueva ciudad. Rómulo aceptó a toda clase de colonos, muchos de ellos maleantes expulsados de ciudades vecinas o esclavos fugitivos.

—Nada importa la vida anterior —declaró—, pero en esta ciudad se cumplirán las leyes.

Las leyes, el fundamento de la civilización romana, que es la nuestra.

6. *Pomerium: post murum*, ‘detrás del muro’.